

Biblioteca-Films

¡ MADRE ADORADA !

Núm. 69

25

cénts.



Claire Dowl
Lloyd Hughes



NIBLO, Fred

Año II

Núm. 69

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

○ Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PEEVIA

¡MADRE ADORADA!

(MOTHER O' MINE, 1921)

Sentimental novela que pregona con elocuencia
el amor materno: amor de los amores

Exclusiva: PROCINE, S. A.
Consejo de Ciento, 332 - Barcelona

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Marta Sheldon . . .	Claire Dowel
Dolly Wilson . . .	Betty Ross Clarke
Juana Baxter . . .	Betty Blithe
Roberto Sheldon . . .	Lloyd Hughues
Guillermo Trather . . .	Joseph Kilgour

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

SET. 1925

Es Rosendal una pequeña localidad perdida en un rincón del Estado de Oregón, en los Estados Unidos. Y no obstante la poca importancia de Rosendal, hay allí una casa de Banca que es, al mismo tiempo, expendeduría de tabaco y sellos, almacén de alpargatas y tienda de perfumería.

Roberto Sheldon, joven de diez y siete años, es el único empleado del modesto establecimiento de crédito. Su inteligencia y su exuberante juventud se revelan ante la idea de que el destino le condene a vivir rodeado de aquellos financieros tan rudimentarios y en un ambiente que tan mal armoniza con su edad y sus aspiraciones.

Educado Roberto desde su más tierna infancia por una madre amante y virtuosa—que sólo ha vivido para el bienestar de su hijo, sacrificándose para instruirle y velando por

él, haciéndole de padre y madre, ya que nunca había conocido al autor de sus días—, sólo un amor tenía en el mundo, el de su buena madre; pero ese amor no era óbice para que Roberto pensase en abandonar el pueblo para ir a trabajar a Nueva York, la gran urge, donde tendría un campo más extenso donde desarrollar sus energías.

Aquel día, Roberto Sheldon había llegado a su casa más triste que de costumbre. Marta, su madre, que velaba hasta los más nimios detalles de la vida de su hijo, notó una anormalidad en su carácter.

—¿Qué tienes, hijo mío?... Tu semblante se ha ensombrecido por alguna pena.

—No, madre mía. Estoy muy preocupado por mi porvenir. Este pueblo para mí es una tumba. Mi trabajo es de una rutina desesperante y mi porvenir inseguro.

—Pero no te pongas triste por eso, hijo mío.

—Madre, estoy decidido a dejar la casa donde trabajo e irme a Nueva York.

—No me opongo a ello...

—Sí, madre de mi alma, quiero crearme una posición digna de ti y de mí. Quiero pagarte de algún modo los muchos sacrificios que has hecho por mí. No quiero que continúes esta vida de privaciones... Yo puedo serte ya útil; pero este pueblo no ofrece campo a mi actividad y moriremos ambos de consunción...

—Te comprendo, hijo mío.

—Puesto que tú has vivido en Nueva York en otros tiempos, ¿no conoces allí a nadie a quien poderme recomendar?

La madre quedó un momento pensativa; al cabo de un instante dijo titubeando:

—Sí, en efecto. Yo veré de satisfacer tus deseos. Conozco en Nueva York a una persona que espero te prestará su apoyo.

—Entonces, mañana mismo me despido de la casa y a principios del mes próximo emprenderé el viaje a la capital.

—Yo te daré una carta de presentación que creo ha de serte de gran utilidad.

.....
Aquella noche, cuando Marta se quedó en su habitación a solas con sus pensamientos, tuvo una dolorosa visión del pasado.

Recordó su juventud, sus primeros amores con un hombre que le prometía la felicidad y de quien sólo recibió, después de casada con él, sinsabores y disgustos. Luis Sheldon se había casado con Marta y, apenas transcurrido un año de su enlace, empezó a martirizarla con los celos que le corroían el alma. La pobre mujer no podía hablar de un hombre que no diera margen a su esposo para dudar de la fidelidad de su compañera. Si al llegar a casa la hallaba peinada, la insultaba de un modo soez, acusándola de faltas imaginarias que la esposa estaba lejos de cometer; el mismo enfado se producía, los mismos malos tratos si la hallaba despeinada. Si salía, porque no se quedaba en casa; si se quedaba en casa porque no salía; y así durante meses y meses sufrió Marta las impertinencias de su esposo. Nació Roberto y en vez de ser el nuevo fruto de los amores legítimos de Sheldon y Marta, nuevo

lazo que los uniera aún más, fué el motivo de una separación ruidosa promovida por el esposo: éste no quería reconocer a su hijo como propio. Sheldon abandonó a su esposa y fué a Nueva York, donde, desde hacía diez y ocho años y bajo el nombre falso de Guillermo Trachter, se había convertido en un financiero a la moderna, gracias a sus malas artes y a sus estafas, disimuladas bajo capa de banquero. En una palabra, Guillermo Trachter, padre de Roberto Sheldon, vive al margen de la ley, bordenado constantemente el Código Penal.

.....
Días después, determinado Roberto a partir para Nueva York, su madre redactó la siguiente carta:

Sr. D. Guillermo Trachter.
Nueva York.

Muy señor mío:

El portador de la presente es mi hijo, Roberto Sheldon, a quien me permito presentar para que usted se digne prestar el apoyo que necesita en esa capital a donde va para agenciarse una colocación.

Le queda muy agradecida por la buena acogida que espero le dispensará usted.

Su afma. S. S.

Marta Sheldon.

Marta leyó a su hijo esta carta y luego la metió en un sobre que lacró. Pero Roberto no había notado que su madre había encerrado

disimuladamente con la carta leída, otra que ella había escrito con anterioridad y que transcribimos a continuación:

La casualidad me ha hecho conocer el nombre bajo el cual vives. Espero que perdones este paso que doy, no por interés mío, sino por el de nuestro hijo—te juro una vez más que lo es también tuyo. Estoy segura de que no rehusarás proteger a tu hijo para reparar, en parte, el daño que me has causado, y que le ayudarás a crearse una posición.

Esta que fué tuya, y que sigue sin tener nada que reprocharse,

Marta Sheldon.

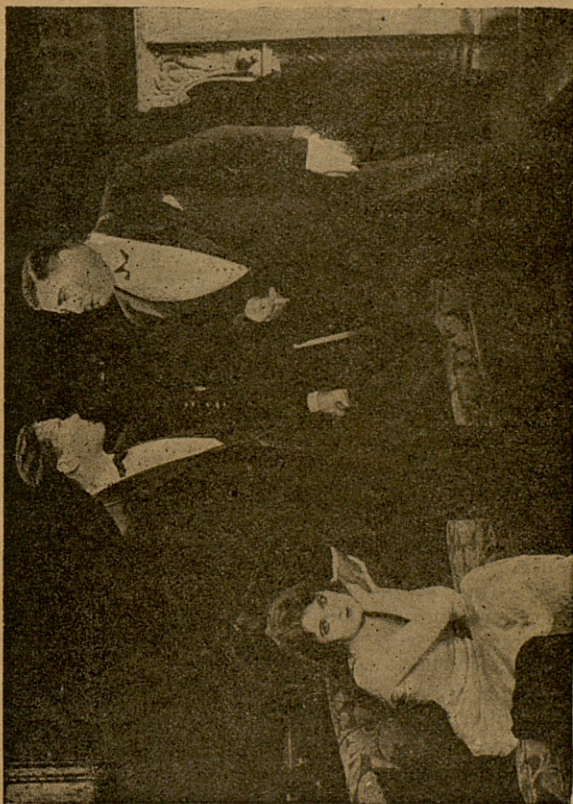
II

La despedida de madre e hijo fué emocionantísima. Marta insistió para que su hijo amado no olvidase los consejos que ella le daba:

—Hijo mío, recuerda siempre los buenos ejemplos que te ha dado tu madre. Huye de las malas compañías que te perjudicarían más que la peste. No olvides que el peor de los vicios y el que trae más terribles consecuencias es el juego: huye de él, hijo mío. Procura llevar tu probidad hasta la escrupulosidad. Sé digno de tu madre.

—Madre mía, cumpliré tus consejos. Puedes quedar tranquila sobre mi conducta futura.

Días después, madre e hijo se despidieron con grandes manifestaciones de cariño y emo-



— Si un futuro ciente que va a dejar muchos beneficios.

cionadísimos y, al emprender Roberto el éxodo hacia la gran urbe, la madre quedó apenadísima llorando por su amado hijo.

El primer cuidado de Roberto al llegar a Nueva York fué dirigirse a la casa de banca de don Guillermo Trachter, estando muy ajeno de pensar que iba a presentarse a su propio padre, al que creía muerto, pues siempre pensó que su madre era viuda.

Presentóse en la casa de banca y preguntó en la puerta a un empleado de librea:

—¿Don Guillermo Trachter?

—Es el Director. ¿Qué desea?

—Traigo una carta de presentación para él.

—Espérese usted un momento.

Desapareció el ordenanza y, minutos después, volvió y dijo al joven que esperaba sombrero en mano:

—Puede usted pasar.

Hallóse Roberto Sheldon frente a un caballero de unos cincuenta años, grueso y elegante.

Al entrar en aquel lujoso despacho, el señor Trachter levantó la cabeza sonriente y colocó su monóculo ante su ojo derecho.

—Usted dirá, joven.

—Ante todo permítame que le salude... ¿Cómo está usted, señor Trachter?

—Muy bien; ¿y usted?

—Perfectamente.

—Dicen que me trae usted una carta de presentación.

—Sí, señor, de mi madre—contestó Robert

alargándole la carta que su madre le había entregado.

—¡Ah!... Muy bien, muy bien—dijo el banquero rasgando el sobre.

Roberto notó como el señor Trachter en vez de una, sacó dos cartas, lo cual le extrañó sobremanera, porque su madre había cerrado el sobre delante de él, y no había visto poner en él más que una. Notó también que el banquero después de leer la primera, se le trasmutó el semblante y le miró fijamente, diciendo:

—¿Con que es usted de Rosendal?

—Sí, señor Trachter.

—Bien, hombre, bien... perfectamente. ¿De modo que viene usted a Nueva York en busca de empleo?

—Sí, señor; aquel pueblo es tan pequeño y de tan mezquinos horizontes que mal podría esperar allí un porvenir.

—Es claro... Ha hecho usted muy bien...

—Mi madre me dijo que conocía a usted desde que estuvo ella en Nueva York.

—Sí, sí, la recuerdo perfectamente... Pero ¡qué cambiada estará ya!

—No, no; se conserva muy joven. Y eso que desde que murió mi buen padre...

—¿Murió?... ¡Ah!... ¡No sabía nada!

—Sí, señor; murió al parecer después de nacer yo.

—¿Y su madre le hablaba de su padre?

—Siempre, sí, señor... Mi madre siempre me hablaba muy bien de mi padre.

—Bien, bien. Siéntese. Yo no tengo inconveniente en admitirle a usted en mi casa...

—Gracias, gracias, señor Trachter—exclamó Roberto en un transporte de agradecimiento.

—Pero antes, joven, permita que le dirija algunas preguntas.

—Gustoso responderé.

—Usted se llama Roberto Sheldon, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Dónde trabajaba usted antes, señor Sheldon?

—Estaba como contable en la casa de banca de Rosendal.

—¿Qué sueldo tenía usted?

—Setenta dólares mensuales.

—Bien. Y ¿game... ¿es usted aficionado a la bebida?

—No, señor... No bebo más que agua.

—Entonces la ley seca no reza para usted.

—Es una prohibición que no me molesta.

—¿Le gusta el juego?

—¿Lo aborrezco con toda mi alma?

El banquero hizo un gesto de disgusto y al notar que había exteriorizado un sentimiento que le convenía tener oculto, sonrió, añadiendo con cierto retintín de sátira:

—Bien, amigo; es usted un joven perfecto.

—Ignoro si lo soy o no. Lo único que sé es que nunca he dado el menor disgusto a mi buena madre, a la que adoro con toda mi alma.

—Veo que es usted algo romántico... ¡Con seguridad que le gustan las mujeres!

—Ya diré a usted... Me gusta contemplar a una mujer bonita...

—¡Ah!... ¿Ve usted?... Ya lo decía yo... ¡Romántico, romántico!

—Supongo que eso...

—No, no se lo reprocho, al contrario, a su edad me extraña que no le guste la bebida ni el juego...

—El juego creo yo que no debiera permitirse a ninguna edad...

—Bien, joven... Me ayudará usted en mis negocios; pero con una condición.

—Ya le escucho.

—La de obedecerme ciegamente y que usted sea de una discreción absoluta.

—Le obedeceré y cuente sobre mi discreción.

El banquero tocó el botón de un timbre y penetró en el despacho un caballero con los ojos saltones y nariz de aguilucho.

—Señor Young—presentó el señor Trachter—este joven, Roberto Sheldon, es su nuevo auxiliar.

Y dirigiéndose al nuevo empleado añadió:

—Puede usted ir con el señor Young, cajero de la casa.

Luis Sheldon, hoy Guillermo Trachter, convertido por obra de sus malas artes en uno de los banqueros más formidables de Nueva York, quedó un momento pensativo. Volvió a leer una de las cartas de su esposa a quien aborrecía. Sus labios se contrajeron, y una sonrisa diabólica iluminó su rostro. Volvió a quedar pensativo, como madurando un plan. Luego exclamó, rompiendo las cartas traídas por Roberto:

—¡Esa será mi venganza!

.....
Habían transcurrido ocho días. El banquero Trachter manda a un ordenanza:

—Que venga el señor Young.

Un momento más tarde éste se presenta en el despacho del Director quien, después de hacerle cerrar la puerta, le pregunta:

—¿Qué impresión saca usted de este muchacho?

—¡Buena!... Así, a primera vista, parece un chico muy sumiso y trabajador.

—¿Listo?

—Mucho. Muy inteligente.

—Malo...

—No, no, bueno; parece muy bueno.

—Pues yo digo... ¡malo!... Porque si no fuese inteligente, fácilmente lograría mi propósito.

—¿Su propósito?

—Sí; hacer de él un perfecto canalla.

—Ya comprendo...

—Yo quiero hacer de este joven un perfecto truhán.

—No me diga más. Sí, sí, un truhán como...

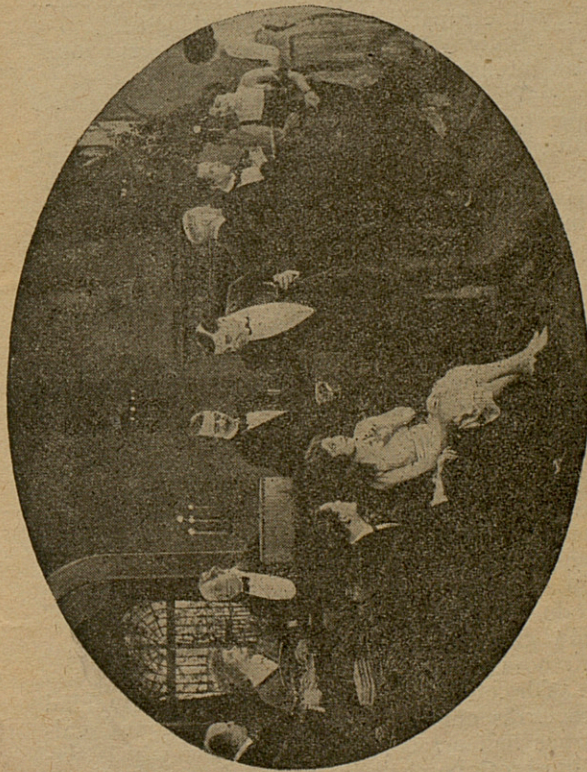
—¡Tú!

—Ja, ja, ja... Lo lograré, lo lograré. Es usted maestro en el arte de...

—¿De hacer granujas?... Por eso mi secretario y tesorero es tan experto ladrón... Recuerde, Young, la máxima que siempre le he repetido: *De este mundo sacarás sólo lo que hayas robado.*

—Supongo que no se puede quejar de mí.

—No, no; eres tan maestro como yo. Bue-



— Me parece, amigos míos que el gato está ya en la talega.

no, pues, se trata de que a Roberto Sheldon hay que raparle el pelo de la dehesa.

—Dolly Wilson nos ayudará a lograr nuestro intento.

—Yo creo que Juana Baxter es aún más perversa y cumplirá mucho mejor que Dolly. Bueno; el plan debe ser éste: Una mujer que le engaña, que le enamora; luego la influencia de la hembra le arrastra al juego, y lo demás vendrá sólo por su propio peso.

—Comprendido.

—Usted, Young, encárguese de ver a estas mujeres y... ¡manos a la obra!... Le confío este asunto con el mayor interés.

Para Guillermo Trachter, para aquel padre criminal, no existe eso que se llama «la voz de la sangre». Su alma de demonio es incapaz de todo sentimiento noble. Ahora menos que nunca cree este hobre que a quien trata de corromper sea su hijo. Siempre creyó a su esposa culpable de infidelidad y ahora suspira por la hora de la terrible venganza. Alma degenerada, ha escogido a su hijo para que caiga sobre su cabeza toda la hiel, toda la rabia, todo el veneno que su ruín y rencoroso corazón guarda contra su esposa, la mujer más virtuosa y fiel que existe en el mundo.

¡Oh corazón humano, qué arcano de maldad encierras cuando el vicio y las pasiones malas han arraigado en ti! ¡Peor y más dañino eres que el de las bestias feroces!

III

Broadway es un cabaret aristocrático de la gran capital nuevayorkina, sepultura de muchas fortunas y de incontables honras, donde se rinde culto idolátrico a la mujer.

En uno de los camerinos dos bellas artistas acaban de despojarse de sus trajes de escena y vistiéndose los de calle. Un caballero con ojos saltones y nariz de aguilucho llama a la puerta con los nudillos de la mano y, antes de esperar contestación, penetra en él.

—Buenas noches, bellas ninfas.

—Adelante—dice una de las dos mujeres, la más joven.

—¡Hola, amigo Young!—exclama la otra, adelantándose al recién llegado—. ¡Qué de nuevo le trae por aquí?

—Ante todo permitidme que me siente.

Hízolo en un sofá, cruzó las piernas, sacó una cigarrera de oro, alargó un cigarrillo a cada una de las artistas a quien dió lumbre y, después de encender el suyo, dijo:

—Hoy debemos hablar de cosas serias.

—Vengan esas cosas serias—dijo una de ellas.

—¡Venga de ahí!—añadió la otra.

Era Dolly Wilson una joven rubia como el oro y hermosa de rostro. Hacía un año que trabajaba en el Broadway; pero contra su voluntad: los azares de la vida le habían lanzado a la de aquel centro infecto; pero conser-

vaba su corazón sano en medio de un ambiente frívolo y peligroso.

Juana Baxter era una joven también agraciada, morena y de algo más edad que Dolly. Circunstancias de la vida la obligaron a desenvolverse en un ambiente del que bien quisiera redimirse.

Ambas eran amigas del banquero Trachter, o mejor dicho, de su dinero, y le servían de gancho para los fines perversos del nombrado banquero.

Juana Baxter, impaciente por conocer el nuevo negocio que el secretario-cajero del señor Trachtr, les venía a proponer, díjole:

—Vamos a ver, desembuche de una vez.

—Se trata de que tenéis que encargarnos de la educación de un joven simpatiquísimo.

—¿Con dinero?—preguntó la Baxter.

—Lo tiene Trachter y es lo mismo; él paga.

—¿Guapo?—inquirió Dolly.

—Más que rico.

—¡Ay! ¡Qué rico!

—Bueno, tenéis que ser las maestras de este muchacho de quien debéis obtener lanzarlo al juego, y a la vida alegre.

Dolly, malhumorada, replicó:

—Bien está que los hombres vengan libremente a nosotras; pero ¿es posible que todavía haya incautos a los que nosotras debemos engatusar para engañarlos mejor? Ya estoy harta de desempeñar tan bajo oficio.

—No olvides, Dolly—replicó Young—, que Guillermo te proporcionó el contrato que tienes en el teatro holandés...

—Sí, pero Guillermo empieza ya a abusar.

—Y que puede muy bien hacerle rescindir si tú no satisfaces sus deseos—terminó su pensamiento Young.

—Vaya, no seas tonta, Dolly—manifestó su compañera—. Ya sabes que si sale bien el negocio, Guillermo te regalará un buen vestido.

—Buéno, está bien; haremos lo que él quiera.

—Por de pronto, mañana por la noche, Guillermo y nuestra víctima irán a cenar al Teatro Holandés. Vosotras os dejáis caer, Guillermo os invita y...

—¿Las dos para la víctima?—preguntó Dolly.

—Es que no es una, son dos las víctimas. El uno se llama Enrique Godfrey, y tú, Juana, te encargarás de él.

—¿Tiene pasta?—preguntó Juana Baxter.

—Este sí, es rico.

—Yo me encargaré de él.

—El otro—prosiguió Young—se llama Roberto Sheldon...

—¡Ay!... ¡Robertito!—exclamó la Baxter.

—Robertito, Robertito, tú serás mi bailarín—cantó Dolly—. Bueno, ya me ha dicho usted que éste es pobre como un sacristán.

—Pero un guapo mozo.

—Bueno, lo tomaremos por el lado romántico.

—¿Quedamos entendidos?... Mañana a las diez en el Teatro Holandés.

El señor Young se levantaba; pero Juana

Baxter le cogió por la solapa y le preguntó:

—¿No hay anticipo esta vez?

—Sí, mujer, sí; pero como soy el pagano me limitaré.

Young sacó la cartera y dió dos billetes de veinte dólares a cada una de las mujeres. Juana Baxter hizo un mohín de desagrado, diciendo:

—¿Esta miseria?

—No gano tanto yo, Juana.

—Esto sí que es *trabajar* reventado—observó Dolly riendo maliciosamente.

—Mañana tendréis mejor jornal... ¡Adiós!

—¡Adiós, roñoso!—despidióse Baxter.

—¡Adiós... malvado!—dijo Dolly riendo.

IV

El Teatro Holandés es el music-hall de moda, donde, por una sonrisa o un beso de una mujer desenvuelta, se paga una fortuna.

Aquella noche el hall que servía de comedor y sala de baile a un mismo tiempo, estaba de bote en bote. Sentados a una de las mesas aparecían dos caballeros: el uno, cincuentón, con el pelo cano, vestía elegantísimamente; el otro era joven y por su extremada elegancia y distinguido porte, nadie hubiese reconocido al humilde lugareño llegado a Nueva York hacía poco más de un mes.

—Roberto—decía el de más edad, que no era otro qué en banquero Trachter—, ahora va a llegar Enrique Godfrey y es necesario

que se gane usted la simpatía y confianza de ese señor.

—¿Es un futuro cliente?

—Sí, un futuro cliente que nos va a dejar



...pero rápidamente el banquero sacó un revolver.

muchos beneficios; pero se lo voy a confiar a usted.

—¿Con qué fin?

—Ya lo sabrá usted; por de pronto hay que ganar su voluntad. ¿Comprende usted?

Roberto no comprendió ni una palabra; pero por obsesión, contestó:

—Sí, sí, perfectamente.

Poco dudaba Roberto de que había sido escogido por su propio padre como cómplice de uno de sus manejos infames.

—Mire, Roberto, ahí llega Enrique Godfrey. Es aquel del pelo rubio.

—Parece que nos busca... Ya nos ha visto.

Un minuto después, Enrique Godfrey se sentaba al lado de los dos interlocutores, después de haberse saludado y héchole la presentación de Roberto.

—Aunque le ve usted tan joven—dijo a Godfrey el señor Trachter—, el señor Sheldon es un financiero de primer orden. A nadie mejor que a él puede consultar quien desee colocar bien su dinero.

En aquel momento Dolly Wilson acertó a pasar cerca de la mesa ocupada por los tres personajes.

—Dolly, ven—llamó el señor Trachter—. Aquí les presento la «estrella» más refulgente de Broadway en la actualidad. Mi cliente don Enrique Godfrey; don Roberto Sheldon, uno de mis más inteligentes colaboradores... Siéntese usted, Dolly.

La artista no se hizo repetir el ofrecimiento y se sentó al lado de Roberto con quien trabó conversación, mientras Trachter hablaba de negocios con el señor Godfrey. Un momento después éste se despidió excusándose:

—Perdónenme ustedes, es tarde y tengo que marcharme. Mi mujer debe ignorar que he venido aquí, ¿me comprende usted, señor Trachter?

—Quede tranquilo. Espero que el domingo

próximo nos acompañará a la mesa con su señora y acabaremos de hablar de nuestro negocio.

—Acepto la invitación... ¡Hasta mañana, pues!

El señor Trachter salió acompañando al señor Godfrey, y entretanto, Dolly Wilson dijo a Roberto:

—Roberto, me es usted simpático y quisiera advertirle de un peligro que se cierne contra su honorabilidad

—Y quién prepara contra mí ese peligro, Dolly?

—Su mayor enemigo, el hombre que se está enriqueciendo con la sangre de sus víctimas y usted, amigo, está destinado al sacrificio.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Guillermo Trachter.

—¡Mi principal!... ¡Imposible, Dolly, usted se burla!

—Ya me lo sabrá decir. ¿Sabe para qué estoy yo aquí? Para empujarle a usted al crimen; para corromperle a usted; para ser la tapadera de las aviesas intenciones del malvado Trachter... Ya le pondré en antecedentes sobre este particular; pero cambiemos el disco que llega Trachter... Disimulemos.

V

Algunos días después, Dolly y Roberto eran excelentes amigos. Roberto había comprendido a su amiga y... la amaba; ella también

amaba a Roberto Sheldon, pero con ese amor desinteresado de las mujeres de alma grande.

Aquel día, fiesta, por ser sábado, se habían dado cita para ir a comer juntos, pero no ya a ningún cabaret ni lugar sospechoso, sino al campo, a las afueras, donde el aire es puro y se goza del espectáculo de la naturaleza.

Los dos jóvenes están en el seno de la confianza y se hablan con el cariño de dos almas que no viven sino la una para la otra. Dolly ha puesto a Roberto en antecedentes de los planes aviesos que contra él está tramando el banquero Trachter. Cosa que el joven le agradece porque así podrá escudar su honor contra los planes del banquero.

—Gracias, Dolly, ahora sí veo que usted me ama desinteresadamente.

—Roberto, le amo doblemente, con amor de hermana porque le veo a usted bueno; y con amor de mujer, porque yo he encontrado al hombre que será mi esposo y que me librará de la soledad y aislamiento en que me hallo hoy en el mundo. Yo soy buena, Roberto; soy una flor tronchada que no había hallado aún el jardinero que se apiadara de mí. Hoy lo he hallado, eres tú, a quien amo con toda mi alma. Y para para probarte mi cariño, toma.

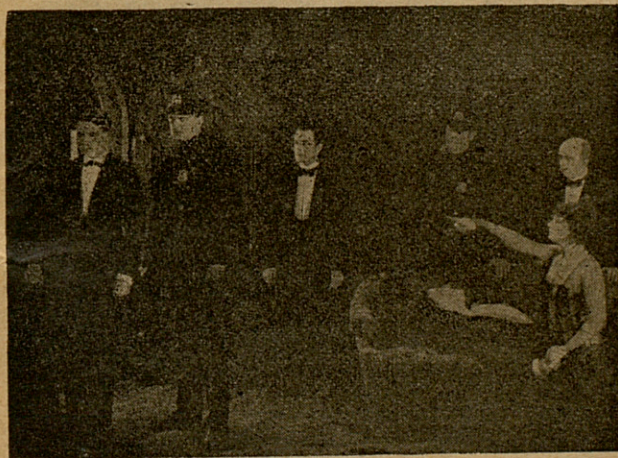
Dolly estampó un beso en el carrillo de Roberto, quien la abrazó. En aquel primer abrazo se prometieron amor hasta la muerte.

.....

Después de la hora de oficina, en banquero Trachter llamó al joven Sheldon,

—Amigo mío, esta noche es cuando voy a tener ocasión de poner a prueba su talento y habilidad.

—Usted dirá.



— Este ha sido.

—Durante la cena se sentará usted al lado de la señora Godfrey y ha de procurar inclinar su ánimo a favor del negocio que voy a proponerles..

—Es decir ¿que quiere usted que yo le aconseje entrar en su nueva combinación?

—¡ Naturalmente! ¿Qué ve usted de extraordinario en ello?

—Pero usted, señor Trachter, sabe bien cuál es ese negocio.

—¿Y a usted qué le importa? Usted está en mi casa para obedecer, no para discutir.

—No obraré contra mi conciencia.

—Obre como le parezca... Pero no se exponga a caer bajo mi cólera... ¡Hasta esta noche!

Después del banquete, cuando los convidados se hubieron ido, Trachter exclamó en presencia de Roberto y de Juana Baxter:

—Me parece, amigos míos, que el gato está ya en la talega.

—Pues yo lo dudo mucho—observó Roberto.

—¿Por qué lo duda usted?... Yo he procurado dejar bien convencida a la señora Godfrey.

—Sí, pero me parece—contestó Sheldon—que hará más caso de mis advertencias que de sus consejos.

—¡Ah, miserable!... ¡Mal nacido!

—Mire usted lo que dice, señor Trachter.

—Sí, he dicho mal nacido... Es usted tan miserable como su propia madre... Su madre le ha tenido engañado, haciéndole creer que es viuda.

Roberto, al oír insultar a su buena madre, a quien tanto quería, se puso blanco de cólera y estuvo para arrojarle al cuello de aquel ser degenerado y calumniador que continuó echando baba sobre aquella santa mujer:

—Usted no podrá saber nunca quien fué su padre... Su madre no ha sido casada jamás.

—¡Mientes, villano!

Roberto avanzó hacia el canalla que tal mentía; pero rápidamente, el banquero, sacó un revólver y como Sheldon le cogiese el brazo, al querer disparar aquél, la bala hirió mortalmente a Trachter.

—¡Juana... me muero, me muero!...

Acudió Juana Baxter y el herido balbuceó:

—Llama a mis criados y a la policía y di a todos que este joven me ha matado.

—¡Mientes, villano!

Llegaron los criados y momentos después los agentes de la autoridad. Ante todos volvió el herido a acusar de su muerte a su propio hijo:

—Este ha sido—dijo señalando a Roberto, y expiró.

VI

Todo se cumple a medida de los deseos del difunto Guillermo Trachter y de la acusación de Juana Baxter, única testigo del hecho: Roberto Sheldon llora en la cárcel un crimen que no ha cometido, sin recibir otro consuelo que el que le prodiga su hermosa prometida, Dolly Wilson, que no se aparta de su lado mientras los carceleros se lo permiten. Ella sabe cómo ha ocurrido el hecho.

—Dolly, voy a confiarte una carta para mi madre. Échala hoy mismo al correo.

—¿No sería mejor confesarle la verdad?

—No, no; ¡pobre madre mía!... Moriría de pena.

La carta que aquel día Roberto escribió a su madre, decía:

Madre adorada: No te intranquilies si estoy algún tiempo sin escribirte; pero es que asuntos muy importantes acaparan todo mi tiempo y toda mi atención, no obstante lo cual no pasa un solo segundo sin acordarme de ti.

Recibe muchos besos y abrazos de tu hijo que te idolatra,

Roberto.

Llegó el día en que Roberto debía comparecer ante el Tribunal. Juana Baxter declaró contra él; el tribunal de hecho, el Jurado, respondió afirmativamente a todas las preguntas de cargo y negativamente a las de descargo. El tribunal de derecho condenó a Roberto Sheldon a la pena de muerte por asesinato. Se le trasladó a los calabozos donde se encierra a los condenados a la última pena.

Aquel día Dolly Wilson dijo a su desgraciado amante:

—Vuelo a Rosendal. Tu madre y yo te salvaremos.

En Rosendal:

—Se trata de Roberto, de su hijo.

—¿Enfermo?

—No, señora, no; se ha cometido con él una gran injusticia.

Dolly contó, al fin, la terrible historia y la sentencia.

—¿Y cuánto tiempo le queda de vida a mi pobre hijo?

—Cuatro o cinco días a lo sumo.



¡Hijo!... ¡Hijo mío!

—¡Cinco días!... ¡Y se necesitan cuatro para llegar hasta allí!

—¡Un auto!

Llegaron Dolly y Marta Sheldon a Nueva York la víspera en que Roberto debía ser electrocutado. La desolada madre fué a ver al Procurador General.

—¿Qué desea usted, señora?

—¡Salvar la vida de mi hijo Roberto Sheldon! ¡El no es culpable, se lo juro!... ¡No ha querido defenderse porque creía que su defensa podía denigrarme, pues quien insultaba a su madre era su propio padre, como le puedo probar.

Y la pobre madre pasa por el triste trance de tener que revelar su triste historia. Y terminó Marta:

—¿Y va usted a permitir que se ejecute a un inocente?

—Todas las pruebas le condenan. Sólo se le salvaría si la única testigo se retractase.

—¿Quién es?

—La señorita Baxter. Si usted pudiera arrancarle la confesión de la verdad...

—Sí, sí, se la arrancaré... Venga usted conmigo.

Mientras en la prisión se hacían los preparativos para la ejecución de Roberto, su madre se halla en casa de la señorita Baxter con el Procurador General que se esconde tras de una puerta sin ser visto por aquélla.

—Soy la madre de Roberto Sheldon.

—¡Váyase de aquí!... ¡No quiero verla!

—Por su culpa va a morir mi hijo.

—Sí, sí... he dicho la verdad.

—No, no... Estoy segura de que usted ha mentido.

—Pruébelo usted.

—Piense usted que es una madre desesperada que implora piedad a sus pies... ¡Salve a mi hijo!

—¡Qué me importa su hijo!

—¡Es usted una infame!

—¡Márchese!

—Mi hijo va a morir; pero la hora de la expiación va a sonar para usted... Ahora va usted a comparecer ante el único juez al que no se le engaña.

Dijo esto Marta y apuntó al corazón de Baxter con un revólver.

—¡Perdón!... ¡Perdón!—gritó Juana—. Yo lo confesaré todo... ¡El revólver del señor Trachter le cayó al suelo y se disparó solo!

Salió el Procurador General, juntamente con Marta y dijo a ésta:

—Voy a dar orden de suspender la ejecución. Su hijo es inocente.

Fueron ambos al teléfono; pero aquella noche una tempestad impedía las comunicaciones telefónicas.

Y faltaban minutos para la ejecución.

La madre y el Procurador tomaron un taxi y, como alocada, aquélla mandó al chófer:

—A la fábrica de electricidad. Rapidísimo; se trata de salvar la vida a mi hijo.

Al llegar a la fábrica la madre corre gritando:

—¡Que corten la corriente en el acto, orden del Procurador General!

Las dinamos se pararon. Se había cortado la corriente. Cinco minutos más tarde, Roberto Sheldon era sacado de su encierro para ser conducido al lugar de la ejecución. A la puerta del calabozo, Dolly Wilson esperaba para despedirse de su amado.

¡Escena terriblemente conmovedora!... Dolly al ver a su amado Roberto esposado y rodeado de soldados, como un criminal, dió un grito agudo y abalanzóse agarrándose fuertemente al cuello del que iba a ser ajusticiado. Los sollozos no le permitieron decir más que una palabra:

—¡ Roberto !!

—¡ Adiós, Dolly !... ¡ Di a mi adorada madre que su hijo es inocente !... ¡ ¡ Adiós ! !...

Estas palabras fueron interrumpidas por las voces de un policía que hizo irrupción en la cárcel, gritando mientras agitaba un documento:

—¡ Roberto Sheldon es inocente !... ¡ Den libertad al sentenciado !... ¡ Por orden del Procurador General !...

Y diciendo esto entregó al jefe del pelotón que custodiaba al preso, el pliego de papel que agitaba.

El jefe se volvió a Roberto y le dijo:

—Amigo, es usted inocente y queda en libertad.

Y al decir esto le abrió el candado de las esposas.

—¡ Le felicito, amigo !

Dolly prorrumpió en un estrepitoso llanto y risa al mismo tiempo. Su alegría se desbordaba por sus cinco sentidos y de poco ahoga entre sus brazos a quien la justicia humana acababa de alargarle la vida.

—Vamos, amigo—dijo el policía portador del indulto—, venga usted al despacho del director de la cárcel.

Obedeció Roberto y al penetrar en el despacho se desarrolló una escena emocionantísima. Su madre estaba allí. Madre e hijo se abrazaron fuertemente sin pronunciar más que estas palabras:

—¡ Madre adorada !

—¡ Hijo !... ¡ Hijo mío !

Largo rato estuvieron ambos abrazados, emocionando tanto a los presentes, que todos los ojos se humedecieron.

—Luego la señora Marta Sheldon abrazó a Dolly, a quien dijo en voz queda:

—Tú también le amas...

—Sí, madre, con toda mi alma.

El Director de la cárcel decía al contemplar esta escena:

—¡ El amor de una madre ha hecho un milagro más !

Un año más tarde Roberto y Dolly sabían por experiencia propia, que el amor de los hijos está por encima de todos los amores.

FIN

Núm 70 - **BIBLIOTECA FILMS** - 7 de Julio

novela episódica de amor y lucha en el infierno
de la Rusia roja

El Santuario del amor perdido

por la bella *Lucile Richsen*, el simpático galán *Conrado Nigel* y el celeberrimo cómico *Sidney Chaplin*, hermano del popular Charlot

Postal: *Sidney Chaplin*.

No deje Vd. de coleccionar

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

El éxito de los éxitos

N.º 1 **RAMPER**

«El cómico más cómico de todos los cómicos»

N.º 2 **MERCEDES SERÓS**

«Ídolo de los públicos»

N.º 3 **ELVIRA DE AMAYA**

«Nueva y bellísima estrella»

Próximo número, día 2 de julio:

N.º 4 **LEPE**

«El más regocijante de los excéntricos»

Chistes, colmos, chascarrillos, alegría, risa,
buen humor

Cubierta a varias tintas, postal firmada por
el artista y dedicada a nuestros lectores

Precio: **30** céntimos

En prensa:

N.º 5 **ARGENTINITA**

En breve:

CHELITO, GOYA Y ESTESO

¡¡ÉXITO INCONMENSURABLE!!

Pronto, pronto, quinto libro de
FILMS DE AMOR
Lo más emocionante que se ha escrito

RUPERTO DE HENTZAU

segunda parte de

EL PRISIONERO DE ZENDA

adaptación de la obra maestra del célebre autor

SIR ANTHONY HOPE'S

INTERÉS - SENSACIÓN - MISTERIO



Creación de los eminentes:

ELAINE HARMMERSTEIN
CLAIRE WINDSOR
LEW CODY
BERT LYTELL

Cubierta a varias tintas : Literatura selecta
Artísticas fotografías

Postal: **Elaine Hammerstein**



Colección Vd. **Films de amor** la mejor y
más barata de las novelas de
LOS MÁS GRANDES FILMS